



PREGUNTAS

MESA REDONDA

V EFCSM 2010

© 2010. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

Citación de procedencia.

Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.

Exclusión de todo fin de lucro.

PREGUNTAS.

P.: Cómo ayudar a los adolescentes que no creen a dar ese paso a la madurez y cómo presentarles a Cristo para que alivien su angustia si no le conocen y, aparentemente, no le quieren conocer.

A.F.G.: La primera pregunta. Lo que he estado intentado explicar un poco es que este razonamiento existencial forma parte de todos: todos tenemos que pasar por aquí, y si no pasamos por aquí nos hemos quedado en una etapa anterior infantil. ¿Cómo ayudar a los adolescentes a dar ese paso? Pues acompañándolos; acompañándolos en sus preguntas, ayudándoles a formularlas, a buscar las respuestas, a que se atrevan a enfrentarse con ellos mismos también.

Dice que no creen. Creo que en esto no hay demasiada diferencia, porque la fe en el adolescente también se tambalea muchísimo, es que la fe también se la tienen que plantear, y también se tienen que plantear qué relación quiere tener con Dios, qué relación quiere tener en la oración,... Todo, todas esas preguntas tienen que pasar por esa crisis.

Y ¿cómo presentarles a Cristo? Pues lo mismo más o menos: enseñándoles a que hagan experiencia de lo que están viviendo; no a que pasen por la vida sin más, sino a que experimenten realmente lo que les está pasando y que se enfrenten a ello personalmente, es decir: esto que me pasa, por qué me pasa, qué sentido tiene, y cómo puedo yo encajarlo en mi vida. Si les abres un poco, pues la Verdad entra sola, Dios sabe por dónde quiere entrar; a veces lo que necesitan es abrirles un poquito.

P.: Cómo entender la infancia como alfa y omega, cómo volver a ese estado original.

L.A.J.: Un poco lo decía Ana cuando empezó su exposición. En realidad no hemos salido nunca: estamos en esta condición filial. El cómo volver, en lo humano, es un camino muchas veces complicado. Sin duda que la experiencia de fe cuando es auténtica lleva implícita una sanación humana, aún en el plano psicológico, y una restauración genera, como por analogía, esta experiencia infantil de la experiencia originaria, porque la experiencia de fe es la experiencia de ponernos en obediencia a la voluntad del Padre.

Es consolador pensar que tenemos que volver a lo que ya hemos vivido; que si estamos acá es porque de algún modo alguien nos ha amado, y Ése que nos amó, nos amó concretamente representando al amor del Dios trinitario. Si ese amor no hubiera existido, el bebé que éramos no se hubiera desarrollado. Las experiencias más terribles, las experiencias de la guerra, mostraron que los bebés que no eran acogidos, no eran acunados, no eran arrullados, enfermaban, detenían su crecimiento generativo y producían una enfermedad llamada marasmo, que implicaba ciertos movimientos rítmicos y finalmente morían, a pesar de tener todos los cuidados físicos necesarios. Pero les faltaba lo esencial, que era el ser acogidos por un tú, el ser reconocidos por el amor del otro. Entonces, si estamos acá, es porque de algún modo lo hemos tenido, y esta experiencia hay que reactualizarla permanentemente en la vida. Y una manera de reactualizarla es que nosotros, de algún modo, asumimos la tarea desde esta apertura a la voluntad del Padre, y en la medida en que nosotros podemos acompañar al que está sufriendo, al que es pequeño, al que no es acogido, al que no es protegido, en esa misma medida nosotros somos sanados de nuestras propias heridas.

Y lo dejó acá, porque tengo demasiadas preguntas.

P.: Entiendo perfecto cómo el niño aprende el amor del amor de sus padres, pero qué hay cuando no son fruto del amor; amor de ellos, aunque sabemos que sí de Dios, así como los niños de profeta.

L.A.J.: Un poco lo acabo de decir. Si no hubo alguien que nos ha llamado, no hay niño, directamente. El niño de probeta es una imagen del momento en dónde se junta el óvulo y el espermatozoide para formar... Pero en algún momento ese niño tiene que anidar en algún seno que lo acoja, sino no puede desarrollarse. Si no hay acogida, no hay posibilidad de que haya un yo; si no hay un tú previo que nos convoque y nos acoja, no hay yo. No puede ni haber yo, ni puede despertar el yo a su conciencia que es siempre, primigeniamente, una conciencia filial. Así que siempre hubo, de algún modo, un amor humano que representó el amor de Dios; sino no hay sujeto directamente, no hay persona, lo que hay es psicosis, para decirlo técnicamente.

P.: Qué consecuencias tiene la creación del ser del niño que nace en una familia que no transmite ese amor, por ejemplo, familias desestructuradas.

L.A.J.: Las consecuencias son terribles, sin duda. Balthasar en *Si no os hacéis como este niño* dice una cosa muy fuerte, pero muy real. Evidentemente el ser infantil, como lo bello, es una existencia totalmente frágil, vulnerable, y por eso dice Balthasar, que las heridas que se infringen en los niños, que están totalmente entregados al amor de los adultos, pueden a veces determinar la vida de una persona toda la vida. Y Siewerth dice (usando otra imagen, la imagen del agua), dice que los niños que han sido heridos por falta de amor, tienen su corazón hundido y tapado por el agua, y muchas veces es muy difícil poder bucear para llegar a encontrar ese corazón. Por eso dice Balthasar en *Si no os hacéis como este niño*, más nos valdría nos ataran una piedra de molino y nos tiraran al mar, como mostrando que acá se juega algo muy, muy frágil, muy vulnerable, como es el amor, como es lo bello. Y es que el niño es un poco la imagen del Ecce Homo, de Cristo, del Cordero, por decirlo así con una imagen del Apocalipsis: que es vulnerable, que el Cordero es llevado. El niño es lo más vulnerable, como la belleza y sin embargo, de algún modo, el niño es la eterna promesa de que el amor va a vencer, de que el amor vence.

P.: Cómo vive una persona que tiene una enfermedad y que los médicos no le dan una solución: que actitud debe adoptar para no caer en la angustia si los propios médicos no dan un sentido de esa enfermedad.

C.A.: Como ya se señaló a lo largo de la jornada, sabemos que Jesucristo con su cruz y resurrección ha borrado la angustia mala o la angustia ligada al pecado. Pero al mismo tiempo, como hombres pecadores que somos, o participamos pues en la angustia derivada de la falta de fe, derivada de la falta de confianza en Dios, de no tener una actitud, como ya se ha repetido muchas veces, indiferente ante Dios, que si Dios permite esa enfermedad es algo que Él lo desea, y por lo tanto está bien. Desde luego, en un primer momento, si a cualquiera de nosotros nos dicen tiene Vd. un cáncer, en quince días.... nos vamos a desconcertar mucho, por supuesto. Pero cuántas personas se ven en la práctica médica que asumiendo bien eso, esa enfermedad, cuántas personas no encuentran a Dios mismo, a la fe en ese dolor, en ese sufrimiento. La enfermedad muchas veces por lo que uno ve, quita muchas cosas en la vida muy vanas, muy secundarias y permite que la persona se centre en lo verdaderamente esencial de su vida. Yo pienso que eso conduce, puede conducir, a Dios y por supuesto encontrar un sentido profundo a su enfermedad. La medicina es una ciencia que todavía, con todos sus avances, es muy frágil; hay enfermedades totalmente incurables y que el médico (algo que se nos ha olvidado, y en lo que nuestros antecesores eran maestros y nos daban clases en esto), si ya no se puede hacer nada, desde el punto de vista técnico-médico, es nuestra obligación acompañar al enfermo en sus últimos momentos y en su muerte, cosa que se nos ha ido olvidando porque la muerte la podemos ver pues como un fracaso, como algo absurdo, entonces ya ni siquiera nos ponemos a reflexionar.

P.: Crees que hacen bien los psicólogos cuando quieren eliminar la culpabilidad, el sentido de culpa del adolescente o cuál es tu opinión. Gracias.

A.F.G.: Bueno, necesito psicólogos que quieran hacer eso. La culpabilidad, igual que otros muchos sentimientos que acontecen al adolescente y a todo ser humano, no se puede eliminar; se puede ayudar a encajar, a entender, a ofrecer, a pedir perdón, pero eliminar no, yo creo que no se puede.

P.: La crisis en la adolescencia se atenúa cuando el niño ha sido educado en la reflexión propia de su etapa para aceptar normas o rechazarlas con un argumento real y que su mente comprende porque está expuesta a su nivel psicológico y mental, elegir lo favorable para él, que a la vez es para los demás que ama.

A.F.G.: Sí, en el fondo es importante que el niño tenga un ambiente de niño, que no llegue a la adolescencia y se encuentre con que está completamente solo, que nadie le va a apoyar y que no puede decir nada,... al revés, como decía Luis: es fundamental que si al bebé se le quiere desde que se le concibe, pues que le sigamos queriendo hasta que tengamos que separarnos de él. Pues en la adolescencia igual. No sé si he contestado, no sé si he entendido bien la pregunta.

P.: Cómo asumir en la vida ordinaria esta dualidad de poder hablar de la muerte, por ejemplo, y asumir la propia.

A.W.: No sé... Para mí el punto es constatar esta dualidad, como primer paso. Y sí, constatar el fenómeno y percibir que la tensión que este fenómeno representa es algo que, en cierto sentido, no podemos asumir, al menos no podemos dominar esta tensión. Por eso no comencé hablando de la perplejidad: hay que pasar por la perplejidad. Y la perplejidad consiste justamente en el hecho de que este fenómeno existe, esta tensión existe y que no la podemos dominar: porque si yo pudiera identificar perfectamente mi acto de morir con mi hablar sobre la muerte, yo sería el Verbo de Dios encarnado.

P.: Sería tan amable de deletrear el nombre del médico que ha utilizado este método más paciente.

C.A.: Bueno, su nombre es von, ah! me piden que lo deletree H I L G E R S, o si buscan en el ordenador, como se dice aquí en España, pongan en el buscador de google o en el que tengan, Naprotecnología, es la ciencia a la que yo hacía referencia.

P.: *El corte de los hijos* es el título de un amplio dossier de la Familia Cristiana, del 28 de marzo; ¿no es traducible al miedo a tener hijos, a la angustia?

C.A.: Yo pienso que sí. Como dice Balthasar en el texto que leímos, hay un problema ahora con los estados de vida del cristiano, o el estado de vida del cristiano y sus divisiones como dice. Pero en esta división de los estados siempre hay un sí irrevocable, definitivo, que una vez que se pronuncia, que se acepta, no hay condiciones, no hay marcha atrás. Y esto desde luego que hoy en día, por tantos problemas como hay en la sociedad actual, da miedo efectivamente, hay temor a dar este paso. Y esto del tener miedo a los hijos, pues es parte de lo mismo: se quita una de las propiedades esenciales del matrimonio, que por su propia naturaleza está encaminado a la procreación. Yo pienso que sí, que esto tiene este sustrato, probablemente.

P.: Luis Alberto parece haber dicho el niño no sufre la angustia por el amor. ¿Es así?

L.A.J.: No, no es así. Quise decir que el niño sí reconoce la angustia, pero la angustia no es lo primero. Lo primero es el amor. Y es en la luz del amor y bajo la luz del amor, del amor de sus padres que lo protegen y que a veces se angustian, cualquier mamá, porque es madre primeriza, que no sabe que es un cólico, a lo largo del tercer mes no saben que los chicos, que sé yo... y cuando va creciendo el niño, los padres se preocupan, pero el niño ve esta solicitud inquieta de los padres, como señal de su amor, y sabe que este amor no es impotente, sino que es soberano. Por eso el niño confía y puede jugar y no piensa en el mañana, vive el momento presente, es actualidad. Y en esa libertad de la experiencia infantil, tenemos la imagen del hombre paradisíaco y del cielo, del hombre que esperamos llegar a ser. En el fondo, la imagen de este ser que puede confiar pero que conoce la angustia es Jesús, es un anticipo de la imagen de Cristo. Así, que sí conoce la angustia el niño. Y una vez que aparece, se va a quedar en la vida del niño, pero solamente para que él vuelva a confirmar una y otra vez que el amor es soberano y que el amor lo protege y se va a quedar en la oscuridad de la noche, en los truenos, en la agresividad de los animales, en el miedo... en muchas situaciones es muy frecuente que en los niños aparezcan lo que se llama terrores nocturnos o sueños nocturnos. Pero siempre ahí aparece mamá o papá da una palabra y el niño logra esa maravilla de tranquilizarse.

La maravilla de la infancia es que es un lugar tranquilo. La infancia es un lugar tranquilo, un lugar ordenado y es un lugar sereno. La gran mentira de la pedagogía moderna ha sido hacernos creer que el chico es algo inquieto. El niño en realidad es algo tranquilo, un niño es algo tranquilo. Cuando el niño está bien, un niño juega tranquilo, juega sereno. Un niño no es una especie de caos de instintos y de pulsiones. Si el niño está inquieto es porque falta la presencia tranquilizadora del amor. El mal siempre lo que intranquiliza, es lo extraño, es lo acrimonioso, es lo no familiar, es aquello que el niño no puede reconocer. Por eso si un niño mantiene su orden, su tranquilidad, comidas, horarios, mi habitación, mis cosas, entonces el niño está tranquilo. Ahora, si los padres salen a bailar todas las noches, y no tiene un horario para dormir, y lo llevan al bullicio, el niño empieza a ser él la expresión de un problema de los padres. Después el problema es que lo llevan a él al psicólogo, pero en realidad el problema lo tienen los padres, no el niño.

P.: Junto en una dos preguntas. Qué pasa cuando el niño no es deseado. Cómo sanar la angustia de una persona que no ha experimentado el amor en sus figuras de apego. Y otra, qué pasa cuando los hijos tienen dos o tres padres (no entendí mucho esa pregunta; me imagino que se refiere a las familias ensambladas, cuando por ahí hay distintos padres).

L.A.J.: Padre hay uno sólo, igual que madre, más allá de los dichos que se puedan decir y el tema es reconocerlo y hacerlo responsable. Y no tiene reemplazo. En todo caso, si el padre existe y no se ocupa del hijo, eso es una violencia para el hijo. Es decir, el niño necesita experimentar, hacer la experiencia, de que el papá, y acá me refiero sobre todo al papá varón cuando son familias ensambladas, el papá varón disfruta estando con él. El niño necesita sentir la experiencia del amor paterno que, en general, en los varones consiste en hacer cosas con el niño, en realizar actividades con el niño; y esto supone que el papá esté presente y, en todo caso, el otro hombre que está en la casa con su mamá, en realidad, puede cumplir alguna función, pero no es propiamente el papá. El problema es que en las familias ensambladas estos padres a su vez tienen nuevos hijos o tienen mucho trabajo, entonces el niño padece una violencia, y la violencia es que el padre está pero no lo ha acogido como padre, no lo ha asumido como padre.

En este sentido, hay estudios muy interesantes que muestran, voy a decir una cosa muy terrible aparentemente, que es que si el padre murió no hay problema: porque el niño puede sustituir

simbólicamente en estos hombres. El problema es cuando el padre está vivo y está ocupado en otra cosa. Y como los varones estamos siempre muy ocupados, en general, los chicos tienen problemas, y las madres están muy cansadas, porque son las que se encargan, sobre todo, todavía, en occidente de la crianza fundamentalmente.

Y, por último, qué pasa si el niño no es deseado, cómo sanar la angustia de una persona que no ha experimentado el amor en las figuras de sus papás. En esto, yo siempre cuento, no sé si lo conocen, es un cuento infantil: La Princesa Manca. Es una princesa, una niña, que es abandonada por su padre, para variar; en los cuentos los papás están siempre haciendo otra cosa, no aparecen y los niños están perdidos. La toma una bruja y pierde sus manos, la niña. Y, finalmente, por el amor de una bruja, que en este caso es una bruja buena, le crecen manitos de bebé, después manitos de adolescente y finalmente recupera sus manos de mujer, la princesa. Y es un poco lo que decía acá Carlos, es decir, si hemos sido heridos en la vida por daños de amor originario, por ahí nos quedan síntomas, podemos padecer fobias, obsesiones, lo que sea. Pero lo más profundo puede ser sanado, porque el amor produce milagros. El amor realmente produce milagros. No importa la edad que uno tenga, y aunque yo sea grande podré tener la experiencia del amor infantil de vuelta, la puedo recrear aunque tenga treinta años, y puedo recrear la experiencia del amor que debía haber tenido en la adolescencia. El amor es capaz de hacer milagros. Hay que creer en esto y nosotros sabemos que el amor del Padre esto lo realiza, hizo el milagro de resucitar a su Hijo. Analógicamente, yo les digo a los padres que crean que es posible sanar el corazón herido; el amor puede sanar. Después si queda o no queda algún síntoma, ya es secundario, como decía Carlos de la salud. Después por ahí queda algún síntoma, pero ya el síntoma no importa, porque la persona en el sentido más hondo de la palabra ha encontrado un sentido, un significado a través del amor y puede manejar y desarrollarse bien con el síntoma. Muchos de nosotros no tenemos síntomas y, sin embargo, eso no quiere decir que estemos sanos, como decía él en un sentido más profundo.

P.: La angustia como obstruye la confianza en la fe como base de la relación familiar.

C.A.: Hay que recordar siempre lo que se nos ha insistido mucho en esta jornada, que hay una angustia mala, ligada al pecado, y hay una angustia buena, ligada a la cruz del Señor, y que siempre, por supuesto, es fecunda. La angustia ligada al pecado tiende a encerrar a la persona en sí misma, a sobredimensionar sus penas, sus sufrimientos, a solemnizar estas penas. Esto hace que se viva un aislamiento, una falta de diálogo en la propia familia y, por supuesto, esto es deletéreo para el diálogo y comunicación familiar.

La angustia cristiana puede ser problemática, puede ser que sí. Uno se imagina a Bernanos, con estos ataques que tenía, cómo lo verían sus hijos y su esposa. Balthasar lo menciona muy poquito, que aunque no estaban muy a gusto con eso, pero en el fondo hay que confiar que, si eso es parte de su misión que Dios le dio, a este hombre por ejemplo, por supuesto que es fecunda, aunque no se pueda apreciar externamente por lo menos en ese momento. Y para eso hay que tener mucha confianza y lo que se nos ha invitado también a discernir sobre qué tipo de angustia se trata.

A.F.G. = Ana Fernández Gurumeta

L.A.J. = Luis Alberto Jorge Guaras

C.A. = Carlos Aldana

A.W. = Adriann Walker